



DE LA ITALIA MEDIEVAL A LA PAMPA GRINGA: ECOS FRANCISCANOS EN LA LÍRICA DE JOSÉ PEDRONI

María Isabel Zwanck
(Fundación Litterae Buenos Aires)

Resumen. Nuestro trabajo señala las coincidencias entre la lírica atribuida a San Francisco de Asís y la obra del poeta argentino José Pedroni. En principio, se observa el mensaje del famoso «Cántico a las creaturas» y «Elogio de la pobreza» para destacar la triple temática del amor, tal como es señalada por Ozanam. A luz de la visión anterior, el ensayo enfoca algunos poemas de Pedroni, a quien la crítica ha señalado como «un místico pagano». El sentimiento de fraternidad con la Naturaleza se encarna en especial en «Oraciones panteístas». Y el elogio de la vida sencilla y la exaltación del trabajo artesanal son expresados en *El nivel y la lágrima*.

Abstract. Our work points out the coincidences between the lyrics attributed to Saint Francis of Assisi and poems by the Argentine poet José Pedroni. Firstly, the message from the famous «Cántico a las creaturas» and «Elogio a la pobreza» are analyzed to flesh out Saint Francis' triple theme of love as signaled by Ozanam. Then, the essay focuses on some of Pedroni's poems, who critics have marked as «a pagan mystic». The feeling of fraternity with Nature takes its own form especially in «Oraciones panteístas». And the tribute to a simple life and the exaltation of humble craftsmanship are fervently expressed in *El nivel y la lágrima*.

Palabras clave. Lírica franciscana, Panteísmo, Sencillismo, Naturaleza

Keywords. Franciscan lyrics, Panteism, Simplicity, Nature

El hecho es que cada escritor crea a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro. En esta correlación nada importa la identidad o la pluralidad de los hombres.

Jorge Luis Borges

49

Tal como señala nuestro epígrafe, el punto de partida de nuestro ensayo será la aceptación del postulado borgeano según el cual todo autor crea a sus precursores. A partir de esta sentencia, se observarán las coincidencias entre la lírica atribuida a San Francisco de Asís y su grupo de «juglares religiosos» y algunos poemas del poeta argentino José Pedroni. Para ello, se deslizará la lectura del famoso «Cántico de las creaturas» y «Elogio de la pobreza» desde el referente devocional y se los resemantizará como sencillos poemas populares que inauguraron en el siglo XIII la lírica italiana. A partir de allí, se señalarán los ecos franciscanos en las «Oraciones Panteístas» del poeta santafesino José Pedroni (1899-1967), hijo de inmigrantes italianos que dieron vida desde fines del siglo XIX a la próspera «Pampa Gringa».

1. Pedroni, el hermano luminoso

Cuando José Pedroni publicó en 1926 su libro de poemas *Gracia Plena*, Leopoldo Lugones entregó al diario *La Nación* una jugosa reseña. Uno de sus párrafos sostenía:

Místico a la manera pagana de las églogas, es decir, por tierna exaltación ante el bien y la hermosura de la vida, cuya animación sensibilizada así en amor humano, trasciende a la forma religiosa del panteísmo, el libro de este poeta canta como ningún otro de los argentinos, las albricias del país. Su frescura generosa, su sana sencillez, su sincero alborozo ante todos los amores fecundos que embellecen la vida en gracia y en fortaleza, resultan la expresión misma del pueblo joven, que a la caricia temprana del sol, cree en la dicha y trabaja cantando. (Lugones, L. 1926: fuente electrónica)

Si bien Lugones enfatiza el valor nacional de los poemas de Pedroni –la época y la cosmovisión del autor validaban ese enfoque–, interesa destacar para nuestro trabajo las siguientes expresiones que sustentan su argumentación: «hermosura de la vida, forma religiosa de panteísmo, alborozo ante los amores fecundos, gracia y fortaleza, caricia temprana del sol». Sumados estos términos al título de la reseña, «El hermano luminoso», todos ellos formarían una

interesante cadena semántica que puede ser aplicada tanto al campo literario como al religioso. Coincidirían en este último aspecto con la visión franciscana expresada en sus poemas y en los numerosos episodios recogidos, principalmente, en las *Florechillas* de San Francisco.

Pedroni fue un hombre sumamente religioso, aunque no profesaba ningún culto. Sin embargo, leía diariamente la Biblia, tal como comenta uno de sus biógrafos:

El poeta Jorge Isaías en el prólogo de José Pedroni –Papeles inéditos–, reitera lo relatado por Jorge Campana, entonces funcionario de la Delegación Zona Sur de la Subsecretaría de Cultura y que había sido el secretario privado de Pedroni durante aquel desempeño como funcionario provincial: «...en sus mañanas de funcionario, Pedroni se encerraba en su despacho con su dilecto amigo, el Dr. Agustín Zapata Gollán para leer atentamente algunos versículos de la Biblia y también el desencanto que le producía cuando su secretario» –Jorge Alberto Campana– le recordaba la primera audiencia de la mañana, debiendo entonces suspender hasta el día siguiente tan fascinante lectura». (Orbea Álvarez, N. 2006: 37)

De tales hábitos Pedroni bebió parte de su estilo, tal como se observa en la estructura de letanía que vertebra su canto al «Nacimiento de Esperanza». El poema, piedra fundante de la gesta de *Pampa Gringa*, comienza con la traducción de un salmo que transcribe en latín como epígrafe «in nativitate tua gaudebit universa terra» (Pedroni, J. 1982: 40-44). El ritmo de las letanías también se percibe en la reiterada anáfora presente en el romancillo «Pala» (Pedroni, J. 1982: 284) y en el comienzo de las estrofas que rememoran el Padre Nuestro: «Gaucho que estás en todas partes / en la tierra ... «Vénganos otra vez / ¡Oh gaucho! Tu coraje / Vénganos tu conciencia del deber» (Pedroni, J. 1982: 109-110).

Varios poemas de Pedroni llevan por acápite una cita bíblica: «Maternidad» es precedida por la alusión a la fecundidad de Raquel con un versículo del «Génesis» (Pedroni, J. 1982: 67) y «Versos a la amiga» alude al valor de la amistad con una cita de «Proverbios» (Pedroni, J. I: 1982 49). En «Palabras al hijo por nacer», Pedroni propone la figura de San Francisco, como modelo de vida: «Hijo mío: te quiero de corazón sencillo / tal como el Pobrecillo» (Pedroni, J. 1982: 87). Otro poema recrea una escena de la vida de Santa Teresita, y el yo lírico imagina:

Espada imponente
del arcángel brilla
con pájaro al hombro

San Francisco mira.

(Pedroni, J. 1982: 211)

Y en «El secreto», Pedroni rememora una etapa de su vida donde, a la manera de Francisco, escogió una soledad itinerante:

Anduve mucho tiempo, conocí a varios hombres
pasé por muchos pueblos sin preguntar sus nombres.
Comí lo que me dieron o no comí. Tampoco
dormí todos los días; lo hice de poco en poco.
Y fue tal mi pobreza, mi soledad, mi daño
que no sé cuántos años envejecí en un año.

(Pedroni, J. 1982: 189)

2. Francisco, el juglar religioso

Luego de su total despojamiento de los bienes terrenales, San Francisco abandonaba esporádicamente su reclusión para ir en busca de los más humildes. A ellos dirigía sus pláticas y sermones que, en raptos místicos, tomaban la forma de canciones. Diecisiete años después del primer episodio, tal como lo describe Ozanam, Francisco dictó sus cantos a sus discípulos en la vacilante lengua umbría; las enseñanzas poetizadas líricamente circulaban en forma oral como poemas y más precisamente en forma de canto. Esta pasión italiana por el canto popular es reconocida, entre otros, por Ozanam: «Estos italianos saben prescindir de vestidos y de pan, pero no saben pasarse sin canciones» (Ozanam, A. F. 1949: 36).

Los poemas franciscanos fueron traducidos con posterioridad, de allí las distintas versiones que nos llegan (Ozanam, A.F. 1949: 67). Los textos más reconocidos por la crítica como de autoría franciscana son el «Cántico de las Creaturas» o «Cántico del Sol», «Elogio de la pobreza» y el «Cántico del amor». San Francisco, movido por su práctica de «mendicidad itinerante», propiciaba «la prédica moral en un lenguaje poético, en un estilo que el santo definió como juglaresco» (Guglielmi, N. 1986: 228). Guglielmi explica: «La teoría de la administración de los bienes terrenos [...] está presente en otra de las prácticas de los franciscanos: la mendicidad itinerante [...] o sea, circunstanciada a los momentos en que los hermanos debían alejarse del convento» (Guglielmi N. 1986: 238).

Llevado por este espíritu colectivo y juglaresco, Francisco elegía palabras sencillas pues prefería ser considerado «simple e iletrado» a fin de asimilarse a un juglar. En «Espejo de perfecciones» se pregunta: «¿Qué otra cosa son los

siervos de Dios sino una especie de juglares suyos, encargados de conmover los corazones de los hombres y de infundir en ellos una santa alegría espiritual?» (Guglielmi, N. 1986: 249). Y sus seguidores honraron su enseñanza a fin de transmitir «la herencia del triple amor que su fundador tenía, a Dios, a la humanidad y a la naturaleza» (Ozanam, A. F. 1949: 74).

A la luz de esta breve presentación de las figuras de Pedroni y Francisco, observemos ahora algunos poemas del poeta santafesino donde, de acuerdo con nuestra propuesta, resuenan ecos del espíritu franciscano.

3. La poesía de José Pedroni y la dignidad del trabajo manual

Creemos que la triple llama de amor propuesta por «el Pobrecillo» está presente en los poemas de «el hermano luminoso». El amor a Dios –«Cántico del sol»– fundido con el amor a las creaturas divinas, los animales, pájaros y la naturaleza, puede ser rastreado en las «Oraciones panteístas» y otros poemas de *Gracia Plena*. Y el amor a la Humanidad se encarnaría en dos vertientes muy claras de la lírica de Pedroni: la exaltación del trabajo artesanal presente en *El nivel y su lágrima* y la búsqueda de la paz en *Cantos del hombre*.

Francisco impuso a sus seguidores la obligación de trabajar. Y unido este hecho a su aspiración a la pobreza y el despojamiento, el Santo trasladó estas ideas a sus prédicas donde dignifica los oficios más humildes.

Este tópico franciscano puede verse resemantizado en el libro de Pedroni *El nivel y su lágrima*, donde el lector es sorprendido por los poemas titulados «Lápiz de carpintero» (Pedroni, J. 1982: 276), «Soldador» (Pedroni, J. 1982: 258-9), «La herrería de Nicolás» (Pedroni, J. 1982: 34), «Al camionero nocturno» (Pedroni, J. 1982: 126) o «Canto al carnicero» (Pedroni, J. 1982: 307-310). Creemos que este reiterado planteo temático respondía a la política del gobierno argentino que, desde fines del siglo XIX, favoreció la ola inmigratoria que fortalecería la Pampa Gringa gracias a su cultura del trabajo. Su poema «Cartel», propone: «Mujer: ama al obrero, el de las manos; / ámale en su simpleza, sin rubor». E inmediatamente, emulando el ritmo de las letanías, enumera los distintos oficios y caracteriza cada uno con un breve juicio de valor positivo: «Ama al herrero de potente brazo», «Ama al buen labrador / fiel como un can», «Ama al carpintero que hace su propia mesa», «Ama al guadañero / buscador de la luna» (Pedroni, J. 1982: 309-310).

Recordemos que Francisco valoró por encima de todas las virtudes la humildad. Así lo expresa un episodio de las *Floreceillas*: «Y san Francisco, viendo la caridad de sus hermanos y la humildad de Fray Maseo, les hizo un sermón maravilloso de la santa humildad, enseñándoles que cuantos mayores dones y gracias nos da Dios, tanto más hemos de ser humildes, porque sin humildad ninguna virtud es aceptable por Dios (Muelas, F. 1971 : 41-42).

Movido tal vez por este mismo espíritu, Pedroni completa su galería de humildes trabajadores con una lírica exaltación de los instrumentos de trabajo, todos presentes en *Los ríos de la mano* (Pedroni, J. II 1982: 249- 310). Así leemos estrofas que poetizan utensilios hogareños: «Dedal», «Plancha», «Escoba», «Agujas de tejer», «Balde», «Máquina de coser» y «Tijeras». Y también describe líricamente los instrumentos del obrero y del campesino en sus poemas titulados: «Martillo», «Papel de lija», «Arado», «La trilladora» y «Carretilla». Cada uno de ellos es recortado de su entorno rural y convertido en símbolo que refuerza la dignidad del *homo faber*. Merece ser destacado el poema dedicado por Pedroni a la muerte de su padre, quien fuera un albañil de Lombardía. En «Palabras a mi padre y a su digna herramienta», el poeta se resiste a la literalidad del simple objeto y dignifica la cuchara de albañil en el sepelio:

...como la cruz en tu pecho,
orgullo de tu vejez,
ella fue puesta a tus pies
cuando te fuiste.

(Pedroni, J. 1982: 175)

Al igual que Francisco, Pedroni, sumergido en la realidad del campo y la dependencia de las cosechas, sintió que «su mensaje carece de valor mientras no se convierte en vehículo de una enseñanza o doctrina» (Mastronardi, C. 1982: X). Al referirse a la pobreza rural en la Italia del siglo XIII, Guglielmi señala: «El campo y su rendimiento representan un papel fundamental todavía en la economía del siglo XIII... Italia participaba de la precariedad e incertidumbre de las cosechas y sus secuelas, de la mortalidad de los animales en épocas difíciles» (Guglielmi, N. 1986 : 244).

Y observemos cómo José Pedroni, inmerso en la ruralidad de su pueblo natal, Colonia Esperanza, desdeñó las figuras retóricas que podrían haber opacado la limpidez de su mensaje y, con un estilo llano y directo (¿tal vez juglaresco, al igual que Francisco?) eligió convertir en palabras la realidad circundante de la epopeya de la Pampa Gringa.

4. La búsqueda de la paz

Recordemos que el Santo siempre comenzaba sus prédicas en las plazas con el saludo «El Señor te dé la paz». Luego exhortaba a dejar de lado las enemistades y buscar la armonía social amenazada principalmente por la larga contienda entre güelfos y gibelinos. Este deseo pacificador lo lleva a exclamar en una de las últimas estrofas del *Cántico de las creaturas*: «Dichosos aquellos que perseverarán en la paz, porque el Altísimo les coronará» (Ozanam, A. F. 1949:

61). Y en «La leyenda de los tres compañeros», Francisco exhorta: «que vuestra mansedumbre y paz sean quienes impulsen a todos a la benignidad y concordia» (Guglielmi, N. 1986: 255).

Saltemos espacio y tiempo y encontremos en los versos de Pedroni la misma vocación por la paz, tal como es expresada en «La mesa de la paz», incluido en *Cantos del hombre*. Creemos que el poeta argentino remeda una visión evangélica de la búsqueda de la paz, tal como la propiciaba Francisco de Asís. Para ello, convierte su ánimo de armonía social en una alegoría de un convite donde estarán presentes todos los hombres, pues «llena de pan igual, / y tantos platos como tantos hombres / está la mesa de la paz» (Pedroni, J. 1982: 121). En un entorno bucólico a la manera de las églogas clásicas, como señalara Lugones, el poeta invita:

El camino es de ríos sin fronteras,
por él se va.
Acaba en un inmenso mar sin lindes:
la unidad del trugal. (Pedroni, J. II 1982: 121)

Luego, a la manera de Juan XXIII, Pedroni propone la justicia como requisito previo a la paz:

Está en el reino de la vara justa,
del buen pesar:
cada cual con su vino en su garrafa;
cada cual con su sal. (Pedroni, J. 1982: 121)

Y detalla más adelante: «la mesa limpia quiere manos limpias; /no quiere más» ... «Tira el arma en la tierra mancillada/ de sangre y alquitrán ... También las piedras del rencor y el odio; también, arrójalas», pues «Nada de lo escondido y lo negado / sirve a la paz» (Pedroni, J. 1982: 122).

5. El amor a la Naturaleza

Sostiene Ozanam en su estudio sobre los poetas franciscanos en el siglo XIII que surgió en Italia una corriente de juglares religiosos mendicantes que de pueblo en pueblo cantaban a la Naturaleza «buscando en el mundo exterior con desinterés y respeto no los placeres sino las enseñanzas y las acciones» (Ozanam, A. F. 1949: 54). Francisco abrevó en este sentimiento popular para poner de relieve por encima del tópico clásico del *locus amoenus* el plan divino de la Creación. Al cantar las maravillas del universo, no desdeñó a las criaturas «más pequeñas, las más despreciadas y acordándose de su común origen, las

califica de hermanos y de hermanas... y las criaturas a su vez, le correspondían con la misma obediencia que al primer hombre, restableciéndose para él aquel orden destruido por el pecado» (Ozanam, A. F. 1949: 55-56). De ahí, el «Cántico de las criaturas» (en italiano *Cantico delle creature*, en latín *Laudes Creaturarum*), también conocido como *Cántico del hermano Sol*. Francisco agradece el amor de los pequeños animales, palomas, corderos, pájaros, y los cuatro elementos de la naturaleza (tierra, fuego, agua y aire), todos aludidos como figuras vivas del amor divino. Federico Muelas, en el «Prólogo» a su versión castellana de *Las florecillas de San Francisco*, explica el «Cántico» desde la perspectiva de la verdadera riqueza del hombre sobre la Tierra:

Así san Francisco y sus frailes fueron inmensamente ricos porque pacíficamente todo lo poseían: el hermano Sol, la hermana Luna, el hermano Viento, el hermano Fuego, las hermanas avecillas. Esta posesión no implica el poderío, es decir, el señorío insincero y egoísta, sino el afecto cordial a cuanto es bello, amable, tierno, poderoso, suave y fuerte. Hermandad suavísima bajo la paternidad de Dios (Muelas, F. 1971: 17)

Críticos y lectores de los poemas de Pedroni reconocen en ellos, además de un lenguaje claro y preciso, numerosos vocablos que conforman un campo semántico propio de ámbitos campesinos, muy semejante al empleado por Francisco. Los seis adjetivos de la cita anterior («bello, amable, tierno, poderoso, suave y fuerte») dan muestra acabada del estilo de ambos poetas. De igual forma, Pedroni alude en sus versos a palomas, grillos, bueyes, cabritos, espigas, harina, luz, trigo, arado, florecillas, río, pan, árbol, etc. Este ideal de sencillez lo lleva a exclamar en «Sueño eglógico»:

Una mañana fresca –ya empezaba a gustarme
la vida de la aldea– Milón vino a buscarme.

Traía en las alforjas, especias y pan grueso
y, para siete días, vinagre, sal y queso.

En medio del hatillo de cabras, parecía
que su perrito negro ladraba de alegría.

Salimos. Los aromos estaban florecidos.
Los bueyes se ausentaban con profundos mugidos.

En la campiña húmeda cantaban los labriegos
y era fragante el humo de los primeros fuegos. (Pedroni, J. 1982: 29).

En el extenso poema podemos percibir junto al «soplo franciscano» comentado por Lugones, la alabanza del *beatus ille* trasuntado en palabras como sencillez, ternura, humildad, mansedumbre y justicia. Incluso, los adjetivos que acompañan a este mundo sencillo, coinciden con algunos que, a modo de clásicos epítetos, Francisco atribuye a sus hermanos: Sol, «hermoso y esplendoroso»; Luna y estrellas, «claras y bellas»; Agua, «útil, humilde, preciosa y casta»; Fuego, «agradable, indomable y fuerte» (Ozanam, A. F. 1949: 60-61). Ambos poetas cantan las cosas simples de la vida con palabras simples. Y ambos revalorizan la pureza del campo, exaltando a la creación y proponiendo un nuevo proyecto de vida:

Mi vida está colmada de una armoniosa calma.
Algo que es como un ala me golpea en el alma.

Tú ves, no soy el mismo. Pienso que es bueno todo,
hablo con voz tranquila, camino de otro modo,
y siento un gran deseo de amar. (Pedroni, J. 1982: 31)

6. Oraciones panteístas

Tal como lo señalara Lugones en su presentación de *Gracia Plena*, el espíritu «eglógico» y «el soplo franciscano» están muy presentes en «Oraciones panteístas». Creemos que en estos cuatro poemas Pedroni continúa la tradición clásica de la filosofía griega de los cuatro elementos de la naturaleza, los enlaza con los versos de Francisco en su «Cántico a las Creaturas» y, aunando ambas tradiciones, expresa su agradecimiento por la presencia del agua, del fuego, del aire y de la tierra. Sin embargo, Pedroni los exalta con un paso más adelante de ellos. El Sol se convierte en luz; tal «Madre Luz», el primer texto. El Fuego se trasunta en humo como percibimos en «Hermano Humo». El Aire es encarnado en «Hermano Viento». Solo el agua es aludida en forma directa en «Parábola del agua». Y encabeza su declaración de fe con su breve poema titulado «Credo»:

Creo en la luz, que es pura, y en la tierra,
Y en el agua, que es casta, y en el sol,
Y en la sombra cordial que se derrama
Con la dulzura de tu corazón. (Pedroni, J. I 1982: 48)

El cuarteto celebra en su apretada síntesis la firme unidad de su concepción del mundo a la vez que enfatiza la íntima unión entre mundo exterior, «naturaleza», y su realidad interna, «dulzura de tu corazón».

«Madre luz» es el primer poema de una serie de cuatro. Observemos que no la denomina *hermana*, como a los otros tres elementos, sino que la eleva en cierta forma a la categoría de creadora. Todo el libro *Gracia plena* está dedicado a la exaltación de la mujer fecunda como el origen de la vida. Posible influencia franciscana que tituló su «Cantico de las criaturas» también como «Canto al Sol», considerado la más bella criatura y, en cierta forma, la representación de Dios (En el Evangelio, el Señor es «Sol de justicia» pues todo lo esclarece).

Francisco exclama: «Alabado sea Dios mi Señor a causa de todas las criaturas, y singularmente por nuestro hermano el Sol, el cual nos proporciona el día y la luz. Es hermoso y esplendoroso, irradiando un gran brillo y rindiendo homenaje a Vos, ¡Oh Dios mío!» (Ozanam, A. F. 1949: 60).

Por su parte, el poeta de la Pampa Gringa comienza su alabanza invocando con ecos del «Génesis»: «Oh luz, principio claro, causa eterna del hombre: / Santificado sea tu milagroso nombre». A partir de esta invocación desarrolla el poeta su acción de gracias que se desprende de la asimilación luz-maternidad: «Oh luz, gracia absoluta, lleno simple y fecundo, / Dulce estado de amor alrededor del mundo» (Pedroni, J. 1982: 99). Destaca a continuación sus beneficios en la vida de todo hombre:

Te debo la dulzura de mis días serenos
y el estupor azul de mis dos ojos buenos.
Te debo la alegría de ser hombre, y de amar,
Y de tocar la tierra-que es pura- y de soñar.

(Pedroni, J. 1982: 99)

Y finaliza con una síntesis de la creación: «Oh luz, bendita seas por todo lo cumplido: / Por el pan, por el agua, por la flor, por el nido» (Pedroni, J. 1982: 99). Al igual que en la lírica franciscana, el vocabulario es escogido a fin de señalar las cosas sencillas y primordiales. Por ello, cada palabra está ubicada dentro de la urdimbre poética con una singular eficacia expresiva que acentúa un perfil religioso y panteísta.

7. Hermano Humo

Esta «oración panteísta» continúa en cierta forma la sexta estrofa del *Cántico* franciscano: «Alabado seáis, Señor mío, por nuestro hermano el Fuego. Gracias a él se ilumina la noche. Él es hermoso y agradable a la vista, indomable y fuerte» (Ozanam, A. F. 1949: 60).

Pareciera que el poeta de la Pampa gringa hubiera concentrado su atención en los cuatro calificativos otorgados por Francisco al fuego: «hermoso,

bello, alegre y fuerte» y transfiriera esas cualidades a su ambiente campesino. El vocativo «hermano Humo» abre la perspectiva de diálogo con ese humilde compañero del hogar pues: «cuando me marchó, tú que eras mi hermano/ fiel humo de invierno, / te quedas con ella» (Pedroni, J. 1982: 100). De todos los fuegos, elige el humo provocado por lo más humilde: «humo de abrojo, / el menos fragante, pero el más sencillito / entre los cien humos que tiene la aldea» (Pedroni, J. 1982: 100). Y luego el poeta despliega los efectos del humo en la vida campesina, trabajando imágenes olfativas:

Y oliendo estas cosas,
fiel humo que acaso no hueles a nada,
yo siento en el alma la misma alegría
que si oliera rosas.

(Pedroni, J. 1982: 101)

La última estrofa continúa la enumeración de la fraternidad del humo con cada elemento de la naturaleza y finaliza el canto declarando a la manera franciscana su íntima unión con el hermano poetizado: «...y este verso mío que también es humo» (Pedroni, J. 1982: 101).

8. Parábola del Agua

Francisco propone en su Cántico de las Creaturas: «Alabado sea mi señor por nuestra hermana el Agua, que es tan útil, tan humilde, tan preciosa y casta» (Ozanam, A. F. 1949: 60).

Pedroni cambia al referirse al agua la estructura de sus títulos. Al identificar el poema como parábola, busca en el lector u oyente una recepción aún más simbólica. Compuesto por cuatro estrofas, las tres primeras describen la función del agua en un buey, un ave blanca y un aguador. Los tres personajes resuelven una situación sencilla o una pequeña dificultad gracias a la intervención de la «buena amiga» que llega a todos: el buey sacia su sed; el ave blanca recupera su pluma perdida pues «el cristal de la laguna» la acoge como «prenda de volver», y el «tímido aguador» sale de su apuro pues encuentra en el lugar de la vasija perdida «cien mariposas / posadas bajo el sol». La cuarta y última estrofa cambia su ritmo al señalar al poeta sacando su conclusión de los tres hechos anteriores: «seamos en la vida como el agua/ que se deja beber» (Pedroni, J. 1982: 102-103).

Una digresión: La gota encantada es el título del primer libro de poemas de Pedroni, publicado en 1923. El segundo poema, titulado «Canto a la lluvia», dialoga con el anterior analizado y anticipa en cierta forma la hermandad con el

agua. El poeta desea con-fundirse con el agua, a quien califica como «hermana encantada»:

¡Ser agua! ¡Ser agua!
Ser entre los hombres como el agua pura;
decirles palabras de paz que tuvieran
tu mismo aleteo
y que las sintieran
caer en sus almas como de una altura.

(Pedroni, J. 1982: 26-7)

La gota encantada anticipa en cierta forma las «Oraciones panteístas» ya que, además del poema homónimo (Pedroni, J. 1982: 26) y «El canto a la lluvia» (Pedroni, J. 1982: 27) recientemente citado, Pedroni incluyó «A la espera del sol» (Pedroni, J. 1982: 33) y «Humo» (Pedroni, J. 1982: 37). La misma exaltación de hermandad panteísta a la manera franciscana puede ser percibida con distintos matices en sus poemas «Agua y viento» (Pedroni, J. 1982: 61), «Agua» (Pedroni, J. 1982: 247), «Sentido de la lluvia» (Pedroni, J. 1982: 262), «Amor con lluvia y paloma» (Pedroni, J. 1982: 315). Y en «El sueño eglógico», el poeta santafesino despliega el ideal bucólico de sencillez rural con diversos motivos donde resuena aún más el «soplo franciscano» al decir de Lugones (Pedroni, J. 1982: 28-30).

9. «Hermano Viento»

La cuarta estrofa del «Cantico de las Criaturas» propone: «Alabado seáis, Señor mío, por nuestro hermano el Viento, por el aire y la nube y la serenidad de todos los tiempos, cualquiera que fueren, porque por medio de ellos sostenéis todas las criaturas» (Ozanam, A. F. 1949: 60).

Tal vez movido por esta imagen franciscana, Pedroni dedica un extenso poema –catorce estrofas de distinta extensión– al «hermano Viento». Sustenta su mensaje poético sobre los mismos elementos de la naturaleza: el viento que sostiene «todas las criaturas», el aire y la nube, presentes en el texto medieval. El poeta santafesino invoca al «hermano errabundo» en un diálogo fraterno a fin de descubrir el mensaje oculto en su silbido: «Oh viento, algún día de tanto escucharte/ sabré tu secreto» (Pedroni, J. 1982: 105). Y con una progresión temática casi episódica, describe al «fuerte amigo» jugando y revoloteando en libertad por el pueblo. También lo defiende de las posibles críticas de los que lo evitan, sin comprender su inevitable movimiento: «Sepan que no sabes detener tus alas; piensen en la angustia de tu vuelo ciego» (Pedroni, J. 1982: 106). Y la

personificación culmina con la esperanza de una total identificación Hombre-Naturaleza, pues:

Oh hermano, algún día sabré la palabra,
Y entonces, sin cuerpo,
Rondando villajes, moviendo molinos,
Cruzando desiertos,
Con el nombre humilde que quieran ponerme
Seré un viento fresco.

(Pedroni, J. 1982: 107)

En conclusión

Al leer la lírica franciscana en clave poética hemos ampliado su marco devocional para insertarla en el primer escalón de la literatura italiana. Y al proyectar esta lírica medieval sobre los poemas de Pedroni, descubrimos en ellos ecos de una profunda religiosidad que continuarían el pensar y la ideología franciscanos. Creemos que los textos analizados de los dos poetas funden en su visión lírica lo cósmico con lo terrenal otorgándoles un perfil trascendente. Ambos autores convirtieron en palabras el silencioso canto de la creación divina. Salvando las distancias de tiempo y espacio, este doble cruce que enlaza la Italia medieval con la poesía de la Pampa Gringa nos trae en este siglo veintiuno el mismo mensaje. Tanto Francisco de Asís como José Pedroni aúnan sus voces para proponer a través de la armónica relación Hombre-Naturaleza una fraternal búsqueda de armonía universal.

Bibliografía

- Asís F., *Las florecillas de San Francisco*, Buenos Aires, Salvat Editores, 1971. Versión castellana y prólogo de F. Muelas.
- Borges J.L., «Kafka y sus precursores», en *Otras inquisiciones. Obras completas. Vol. I*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1973, pp. 710-712.
- Guglielmi N., «San Francisco», en *Marginalidad en la Edad Media*, Buenos Aires, EUDEBA, 1986.
- Lugones L., «El hermano luminoso», en *La Nación*. 1926. Disponible en: <http://josepedroni.es.tl/-g-El-hermano-Luminoso-g--por-Leopoldo-Lugones--1926.htm> [15/12/2015]

Mastronardi C., «Introducción», en José Pedroni, *Obra poética. Tomo I*, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1982, pp. V-XIX.

Ozanam A. F., *Los poetas franciscanos en el siglo XIII*, Buenos Aires, Editorial Espasa Calpe, 1949.

Pedroni J., *Obra poética. Tomo I*, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1982. Introducción y Prólogo de C. Mastronardi y J. Riestra.

_____, *Obra poética. Tomo II*, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1982. Introducción y Prólogo de C. Mastronardi y J. Riestra.

Riestra J., «La poesía de José Pedroni, en Pedroni José, *Obra poética. Tomo I*, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1982, pp. XXI- XXVI.

Zen A., «Vivencias del poeta José Bartolomé Pedroni», en Orbea Álvarez de Fontanini N., *Aproximación a la Sagrada Biblia*. Disponible en: http://nidiaorbea.com.ar/2014/12/04/aproximacion-a-la-sagrada-biblia/#_RefHeading_Toc151901750 [17/10/2006]